

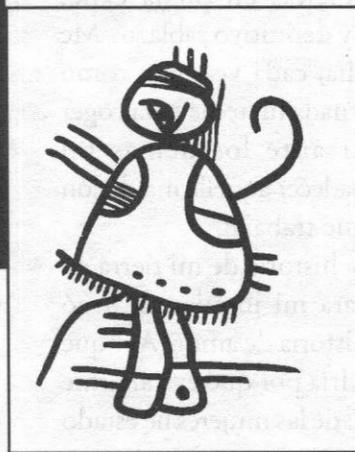
El oficio de escribir

Rosario Tijeras

Jorge Franco Ramos
Narrador, TEUC

Hace algún tiempo, no recuerdo cuántos años, por la época en que tomé la irresponsable decisión de dedicarme a escribir historias, cuando comencé a hurgar en mi pésima memoria y en mi consciencia buscando temas que justificaran mi ocio de escritor, temas que me ofrecieran siquiera la primera frase de un párrafo, pero que en la mayoría de las veces no pasaron de ser sólo un intento, una frustración más entre todas las que nos llegan a diario

cuando las ideas y las palabras simplemente no coinciden, no atinan a llegar a las puntas de los dedos inmóviles sobre el teclado, no alcanzan a manchar la página fluorescente del computador, la pantalla limpia, que lo único que nos muestra muchas veces es nuestro propio rostro, boquiabierto y de mirada perdida, reflejado en ella, por esa época, entre la maraña de temas que buscaban un orden en mi cabeza, me titilaba constantemente una duda que con insistencia me recordaba cumplir con un deber. Una duda que no era más que el recuerdo punzante de mi ciudad y un deber no cumplido que no era otro sino el que tiene



todo escritor con su tierra, todo hombre con su pueblo, pero que en mi caso, el deber encontraba más de una razón para volverse esquivo, porque aquí el compromiso no era propiamente con ningún cantón de Suiza, ni con cualquier lugar mudo de Austria, ni siquiera con el fanático Medio Oriente, ni siquiera parecido a la tropicalmente furiosa Centro América; no, mi postergado compromiso era nada más y nada menos que con la fulgurosa, con la más violenta, con la asesina, con la contradictoria, con la despiadada, con la más alcahueta, con la casquillera, con la chismosa, con la más goda, con la querida, con la adorada, con la urbana, la montañera, con la amorosa y amada, con el engendro más inexplicable que dieron las Indias y España, con la única y sin igual, con nuestra colombianísima e inverosímil ciudad de Medellín.

Por esa época, entonces, y ya viviendo lejos de ella, me preguntaba cuándo llegaría mi ciudad como tema: me preguntaba de qué manera se volvería palabras, cómo tomaría forma, cómo sería esa primera línea, ese primer párrafo, la primera página, ese primer capítulo sobre una ciudad que nos sacó a las patadas, con el corazón en la mano y las lágrimas a punto. Me lo pregunté mucho tiempo, mientras escribía otras historias sobre el *maldito amor*, o sobre la *mala noche* de algunas cabecitas locas que rodaban sueltas en plena calle, después de un certero y definitivo sablazo. Me lo preguntaba día a día, cada vez que, como siempre, buscaba de la nada un tema para coger oficio y así excusar ante los demás mi determinación de no padecer aquella maldición del paraíso de tener que trabajar.

Para mi sorpresa, la historia de mi tierra en forma de mujer, y para mi inquietud, llegó para contarse en una historia de amor. Aunque viéndolo bien, no tendría por qué extrañarme de que hubiese sido así: de las mujeres he estado siempre rodeado, aunque contrario a lo que muchos creen, más vigilado que consentido; y del amor, de éste ni se diga, que es mi tema

De este choque
amañado entre
buenos y malos **fue**
que nació la idea
central de
“Rosario Tijeras”.
Fue así como
empezó el viaje
evocativo en todas las
direcciones por esa
tierra que a veces
queremos y tantas
veces odiamos,
que padecemos,
sufrimos y de la que
renegamos como si
estuviéramos
casados con ella.

.....

recurrente, porque quiero desenmascarar a esa rémora malvada que hace estragos adherida al corazón.

Entonces, cayó del cielo la primera frase: “Como a Rosario le pegaron un tiro a quemarropa mientras le daban un beso, confundió el dolor del amor con el de la muerte”. Una primera frase en la que confluyen el amor y la violencia y que fue el comienzo de, no

sólo una novela, sino de una cadena de evocación y recuerdos, de ideas y sensaciones sobre mi ciudad, sobre su historia de hacha y machete, de familias numerosas y pujantes que hicieron un mito de nuestra raza; temerosos de Dios, mas no de la Ley, porque precisamente después degeneraríamos en una casta que también marcó un hito, pero ya no por su vigor, sino por el régimen de terror, bala y sangre que extendimos más allá de nuestras propias montañas. Y como testigo pasivo, como lo fuimos casi todos, fui juntando palabras para recrear a esa nueva sociedad que emergía con nuestra complacencia y beneplácito, porque al fin de cuentas teníamos un mismo dios para adorar: el dios del dinero, del oro, del poder, el del billete que a nadie le sobra y a todos nos falta, y por eso fue que todos, -y el que diga que no, miente-, todos, curas, políticos, artistas, banqueros, los moralistas, los ricos, los pobres, todos sin excepción fuimos permisivos, nos usufructuamos, nos hicimos los de la vista gorda, o peor aún, no sólo hicimos como si el asunto no fuera con nosotros, sino que nos lavamos las manos y muy olímpicamente le echamos, como siempre, la culpa al de al lado. Pero resulta que el de al lado era ese otro Medellín que nosotros pretendimos ignorar que existía, el Medellín de las lucecitas en la montaña que de noche, y sobre todo de lejos, se veían tan bonitas, el Medellín que crecía pobremente sin que a nadie le importara, el que hervía sin que nadie viera el humo, y el que finalmente colisionó con el otro Medellín, el de las postales turísticas, los parques, el metro, los centros comerciales, el Medellín de mostrar.

De este choque amañado entre buenos y malos fue que nació la idea central de "Rosario Tijeras". Fue así como empezó el viaje evocativo en todas las direcciones por esa tierra que a veces queremos y tantas veces odiamos, que padecemos, sufrimos y de la que renegamos como si estuviéramos casados con ella. A

donde quiera que vamos la cargamos, porque está hecha de recuerdos, de infancia, de barriadas, porque en ella fecundamos nuestros primeros y eternos amigos, nuestros primeros y no tan eternos amores, porque de ella irradia la voz de los abuelos ausentes, la de aquél, por ejemplo, que a mis quince años me enseñó a amar a Shakespeare y me mostró el color de las ideologías; o la de aquél otro, que me enseñó a buscar en las formas de las nubes las imágenes cotidianas de la tierra, y me mostró en sus pinturas que uno a la vida le pone el color que quiere. O mejor todavía, mi recuerdo fiel a la enseñanza que nos dejó la genial abuela, la sabia pero no siempre bien recibida práctica de hacer en esta vida lo que a uno le dé la gana.

De esta tierra donde nacimos es que estamos hechos, sólo somos recuerdos y pasado, éso es lo que somos, porque el futuro parece ser un espejismo en estos países pobres. Nunca alcanzaremos el futuro, por eso, mejor dejémoselo a aquellos que especulan con él en sus discursos, para que con él consigan plata y votos, y nosotros, los que tenemos el regalo de la evocación y la gracia de plasmarla en palabras, dediquémonos a recuperar lo poco que nos han dejado, especialmente ahora, que con la excusa de una crisis, han buscado, infructuosamente por fortuna, ponerle impuesto a la memoria y a las palabras; han querido gravar las ideas con tributos que al final sólo irán a saciar el voraz apetito reaccionario y neoliberal de unos gobernantes y funcionarios insensibles y revanchistas, que menosprecian con trabas y zancadillas a cuanto proyecto cultural se les propone.

Y es que al ver a nuestra Cultura constantemente amenazada, no puedo dejar de pensar en los muchachos y muchachas de las comunas de Medellín, que tanto observé, sentí y analicé para escribir esta novela, y cómo al mirarlos consideraba que tal vez a muchos de ellos un libro, un lienzo, o qué sé yo, un instrumento musical en sus manos los hubiera hecho más

tolerantes, más sensibles en la convivencia, o al menos, hubieran encontrado algo diferente a la droga y al changón para identificarse y expresarse. Nunca he entendido por qué un país toma drásticas medidas ante una crisis económica pero se cruza de brazos ante una crisis cultural. Como si la cultura no fuera otra forma de riqueza. Como si no entendiéramos que si la plata nos hace ricos, el arte nos hace mejores, que si el dinero nos intensifica la calidad de vida, el arte nos desarrolla la calidad humana.

Estas palabras seguramente irán a parar al lugar común donde yacen todas aquellas que han querido defender lo mismo; tal vez junto

a las palabras que cuentan a "Rosario Tijeras", junto a las palabras de cariño que se obstinan en rescatarnos de la desesperanza, junto a las palabras que regresan con la memoria y que con ella misma tantas veces se pierden, junto a las palabras con las que uno le habla a los muertos, o junto a las palabras que no llegan a decirse, palabras inútiles como semillas sin tierra, pero que seguiremos pronunciando, escribiendo y sembrando con la ilusión de comprobar que del caos y la violencia no siempre surge el espanto, porque a veces, como una flor en el estiércol, allí también nace el amor.

Abril de 1999

hojas Universitarias.....

